

Bernardo, S. Bernardino (1), Dionisio el cartujo (2), S. Antonino (3), Alberto Magno (4) y algunos otros doctores muy calificados, y me parece que con muchísima razon le apropiaron este pasaje, porque sin hablar del sol de que está rodeada aquella mujer, de la luna que tiene á sus pies, de las doce estrellas y demás adornos de la Virgen (para lo cual se puede ver el tratado primero), ¿á quién podemos entender mejor por el hijo de la mujer que ha de regir á las naciones de la tierra, que á nuestro salvador y redentor, hijo de la virgen Maria? A él dice David en la persona de Dios: Pídemme, y te daré las gentes en herencia tuya y en posesion tuya los términos de la tierra. Los gobernarás con vara de hierro; los quebrantarás como vaso de alfarero (5). Si S. Juan hablaba de los dolores del parto que no sintió Maria, han de entenderse espiritualmente de la amargura en que fué anegado su tierno corazón por el conocimiento que tuvo de todo cuanto habia de padecer su amado hijo (6). No es extraño que el dragon quisiese matar al hijo de la Virgen, porque sabia muy bien que habia de hacerle soltar la presa y desposeerle del reino de este mundo usurpado tiránicamente por

(1) Tom. 4, conc. 61, art. 2, c. 4.

(2) Lib. 3 de laudibus Virg., art. 29.

(3) Part. 4, tit. 45, cap. 20.

(4) Ad cap. I, Marc.

(5) Salm. II.

(6) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Estos dolores del parto pueden explicarse de la necesidad de parir fuera de su patria y de la pena de no encontrar otra posada que un establo, ni mas cama que un posebre. Esta obligacion del re-

tiro y del silencio para poder parir al divino niño y salvarle de la boca del dragon, que estaba preparado para tragarle, la necesidad de huir á Egipto, la degollacion de los inocentes, el peligro de la vuelta, todas estas cosas son los dolores que acompañaban al parto de Jesucristo y que en el alma iluminada y amorosa de Maria santísima fueron unas espadas mas crueles y penetrantes que todos los dolores de parto de las madres ordinarias.»

él. Pero pronto conoció el desventurado á su costa que aquel fruto maravilloso estaba libre de sus garras y se burlaba de sus tiros, porque está sentado en el trono de Dios, á quien es igual en poder y consustancial en naturaleza.

X. Esto le enconó aun mas contra la virgen Maria. Desde entonces resolvió vengarse de la primera afrenta que habia recibido, y juró perseguirla á todo trance por sí y por los suyos. Pero fue un enemigo tan poco temible para la madre como para el hijo, porque en el acto fue puesta ella bajo la salvaguardia de Dios, y sin hablar de la escolta de millares de espíritus bienaventurados le fueron dadas unas alas de águila de tan especial proteccion, que á pesar de la furia del infierno quedó en lugar seguro bajo el amparo del cielo. Así el dragon se paró en la arena del mar, rabioso por verse tratado tan ignominiosamente y revolviendo en su ánimo horribles planes de venganza contra los hijos de la Virgen. Si yo no la viera dispuesta á acudir en defensa de ellos, tendria motivo para exclamar con el ángel del Apocalipsis (1): «¡Ay de la tierra y del mar, porque descendió el diablo á vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo!» Pero ánimo, que pronto veremos aparecer á la Virgen; la cual quebrantará todos sus esfuerzos y le derribará confundido á sus pies.

-El segundo escuadrón de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los mágicos, los hechiceros y otros tales monstruos de naturaleza, que tienen trato familiar con el diablo.

I. No sin razon el santo Job va representando al diablo bajo la figura de Leviatan, que significa el que alle-

(1) Apocal., XII.

ga al rededor de sí, porque conociendo muy bien su flaqueza por una parte y por otra el poder invencible de aquel á quien ha insultado presuntuosamente, es necesario que haga levas y junte fuerzas de todos lados para dar algun apoyo á su impotencia. Lo demás poco le importa, con tal que halle almas rescatadas con la preciosa sangre del hijo de Dios. Esto sobra para hacerle echar espumarajo y para irritar su ira. Seria cosa de morirse de miedo viendo cómo se dispone para la lucha, si no oyéramos que el mismo Dios le dirige estas palabras por boca del profeta Ezequiel: «Héme aquí contra ti, dragon grande, que yaces en medio de tus rios y dices: Mio es el rio y yo me hice á mí mismo. Yo pondré freno en tus quijadas, pegaré los peces de tus rios á tus escamas, y te sacaré de enmedio de tus rios, y todos tus peces se pegarán á tus escamas. Y te arrojaré en el desierto y á todos los peces de tu rio: sobre la haz de la tierra caerás y no serás recogido, ni congregado. Te entregué á las bestias de la tierra y á las aves del cielo para que te devoren (1)». S. Gregorio comentando este pasaje dice que el dragon no es otro que el principe del infierno, al rededor del cual se agavillan los pecadores de la tierra para unirse á él y ser al fin compañeros de su pena como lo fueron de su desgracia. Ya hemos visto pasar su primer escuadron, compuesto de los espíritus rebeldes, á quienes sedujo y desvió del servicio de Dios al principio del mundo. Aquí viene el segundo, que no cede mucho á aquel en malicia y crueldad. Es una raza de diversas gentes, cursadas en todos los ejercicios del odio de Dios: los llamamos mágicos, hechiceros etc., y todos son hijos de las tinieblas y verdaderos abortos del infierno.

(1) Ezeq., XXIX.

II. Para que comprendais mejor qué especie de monstruos es esta de que hablo, deseo sepais que por las palabras mágicos y hechiceros intento expresar los pecadores del mundo mas abominables despues de los demonios, los reos de lesa majestad divina y humana en primer grado, declarados tales por todas las leyes, los nuevos gigantes que con el diablo su padre se coligaron contra el cielo y resolvieron insultar á la divinidad. Pero ¡desdichados! esos montes de injurias y blasfemias que colocan unos sobre otros, les caerán encima y les quebrantarán los huesos. Hablo de los enemigos de toda piedad, de los menospreciadores de toda religion, de los sacrilegos consumados, de los profanadores de todas las cosas santas, de los que abusan de los sacramentos conculcando la sangre del testamento y rindiendo homenaje al enemigo de Dios con los misterios que nos dejó el Señor para obrar nuestra salvacion. Se nos erizarian los cabellos y deberia de vestirse el sol de luto, si intentara yo contar una mínima parte de los delitos de que están convictos: quiero mas tener miramiento con los ojos y los oidos castos que mancharlos con la relacion de los hechos infames de esos espíritus diabólicos, porque son cosas feas para dichas y oidas las que ejecutan en sus tenebrosos conventiculos cubriéndolas con el manto de la noche. ¿No horroriza el saber que la hechicera Juana Potiere fue acusada de haber comulgado sacrilegamente cuatrocientas y treinta veces, sin hablar de otros innumerables desórdenes que habia cometido contra Dios y los hombres?

III. Hablo de esos traficantes de iniquidad que llevados de una vana esperanza de conseguir algo del enemigo se obligan recíprocamente á él y se comprometen á hacer y acometer todo lo que les ordene; de esos instrumentos generales para toda clase de pecados y especialmente para los que no puede hacer él mismo; de

esos esclavos de Satanás vendidos para obrar mal y cómplices de infinitos delitos y atentados, de esos que por haber contraído amistad con él, como que se han transformado en él por la participación de su espíritu; de esos á quienes podemos llamar con S. Agustin la gloria y el triunfo del diablo (1) por el sacrilego honor que le tributan mas que todos los que ofenden á Dios. Hablo de esos barrancos y abismos de pecados, porque en tales almas prostituidas no entran por docenas, sino por millones. Con efecto en pos de la infidelidad, de la impiedad, del ateísmo, de la herejía, del cisma, de la apostasia y de la desesperacion que figuran entre los pecados mas execrables, vienen á bandadas las torpezas de todo género, los odios perpétuos, la ira frenética, la venganza diabólica, el homicidio del cuerpo y del alma, los sacrilegios y otros monstruos tales fabricados en las tenebrosas cavernas del infierno. ¿Qué diré del espíritu maniático que los enajena y hace que no contentos con el mal que pueden cometer, consientan deliberadamente en todos los que no pueden poner por obra?

IV. Hablo de la plaga mas horrible con que Dios puede castigar al mundo, y en comparacion de la cual la peste, la guerra, el hambre y hasta la herejía como que parecen azotes ligeros que solo encientan la piel. Hablo de aquellos á quienes un emperador romano declara en la ley *De maleficiis* por enemigos del linaje humano en cualquier parte del orbe que se encuentren; de aquellos á quienes Filimer, rey de los godos, obligó á refugiarse en las soledades mas profundas de la Escitia, porque no inficionasen con su contagioso trato á los demás habitantes del reino. Aun hubiera andado mas cuerdo si hubiese limpiado el mundo de una

(1) De vera relig., cap. 55.

semilla fatal, que prende en todas partes y apésta lo mismo de lejos que de cerca. Hablo de aquellos á quienes no queria el rey Atalarico que se perdonase, segun se ve por las amonestaciones que hacia á los jueces de sus estados escribiéndoles que era cosa impía ser indulgente con los que no encuentran piedad en la bondad de Dios. Acordémonos del espectáculo que dió al imperio romano Juliano el apóstata, uno de los primeros mágicos del mundo (1), cuando despues de su muerte se hallaron hacinadas en pozos, calabozos y otros lugares ocultos de la ciudad de Antioquia las cabezas que habia mandado cortar, los cuerpos que habia abierto, y los niños que habia arrancado de las entrañas de sus infelices madres, todo por dar pábulo á los impíos sacrificios que le ordenaban los demonios sin cesar. ¿No se halló en el templo de Carres en la Mesopotamia despues de la batalla en que pereció aquel impio vomitando blasfemias contra el Salvador, no se halló, repito, el cuerpo de una pobre mujer colgada de la cabellera, á quien habia abierto el vientre antes de salir á campaña para saber el éxito de su empresa?

V. Hablo de los árboles que son heridos por los rayos y anatemas de la iglesia, de las victimas condenadas por Dios y entregadas á todo el rigor de la justicia temporal y eterna si no vuelven en sí (2). Pero ¡ah! el fin mas ordinario de su abominable vida es morir como verdaderos desesperados y como personas que comenzaron mucho tiempo antes su infierno para no acabarle jamás. Finalmente hablo del objeto de la indignacion y de la infinita paciencia de Dios, los cuales así como atizan de continuo el fuego de su justa venganza, así

(1) Niceph. Gal. lib., cap. 1 (2) Exod. XXII: Lev. XX etc. et 3, Tripart. hist., lib. 3, c. p.

nos dan á conocer mejor que todos los otros pecadores que servimos á un Dios infinito en bondad y en longanimidad, porque la paciencia que sufrió tanto tiempo á esos monstruos, no puede menos de ser la paciencia de un Dios.

VI. ¿Quién se admirará ahora de que sea irreconciliable su odio á la madre de Dios y que recíprocamente esta señora los persiga á todo trance? Ellos la aborrecen, porque tienen las almas poseidas de la rabia del príncipe de las tinieblas su padre, quien les ha infundido en la medula con su espíritu el odio á la virgen María. Ellos la aborrecen como el buho la luz del día á causa de su incomparable santidad, porque ella es el espejo mas hermoso y reluciente de las infinitas perfecciones de Dios que hay entre las simples criaturas, y la aborrecen hasta el punto de haber habido algunos tan frenéticos, que deseaban en odio de la virginidad de María poderse hacer tan infames en la torpeza como ella es eminente en la castidad. ¿No decia yo antes que es preciso que teagamos un Dios de infinita paciencia y que su madre participe algo de ella para tolerar las intenciones infernales de esas almas desnaturalizadas? Ellos la aborrecen como á la madre del Salvador del mundo, á quien tratan de deshonorar de todos los modos posibles, á quien llenan de injurias y blasfemias y á quien ponen en cuanto pueden bajo los pies de aquel que han elegido por su señor. Ellos la aborrecen finalmente en consideracion de las afrentas que se figuran recibir de ella, como que se opone á todos sus intentos, desbarata sus planes, disipa sus maleficios, introduce la confusion en su reino y los arruina completamente, segun haré ver despues discurriendo acerca de las victorias de nuestra señora.

VII. Si ella por oposicion los detesta y los persigue de muerte; ¿quién puede extrañarlo? Antes seria maravi-

lla si no lo hiciera así. Debe de hacerlo por los principios de su santidad sin igual, la cual es mas directamente opuesta á la malicia de ellos que ninguna otra criatura inferior á Dios. Está obligada por el titulo que lleva de madre comun de los hijos de Dios, los que sin ella serían presa de esos hechiceros y pasto de esas harpias, que tienen tanta sed de sangre humana como de la ruina de las almas. Sobre todo es como precisada por las obligaciones que tiene y por el cariño que profesa á su divino hijo, blanco de los sacrilegios, impiedades y blasfemias continuas de esa raza maldita. De esto dió una prueba evidentísima al desdichado Anatolio, segun refieren varios autores graves (1): la cosa merece saberse. Habiéndose levantado poco á poco este hombre del polvo de la tierra, se fué á la ciudad de Antioquia, donde se captó la amistad de algunos sugetos de valimiento y por medio de ellos se abrió paso á las dignidades públicas. Así se introdujo con Gregorio, obispo de Antioquia, como siempre habia deseado, y tuvo tal maña, que por este valimiento se hizo necesario á muchos y en especial á los pretendientes; no obstante no supo manejarse tan bien, que no se granjease la envidia y el odio de los hombres honrados y del pueblo. Fué pues acusado con sus parciales (porque habia hecho una clientela de personas perdidas y de mágicos como él) de muchos delitos atrocísimos, de cohecho, de impiedad, de magia, de haber sacrificado muchas veces al demonio y de otras innumerables iniquidades. Poco faltó para que el obispo incurriese en el odio público con este motivo. Sus amigos iban y venian, hablaban á todo el mundo discurriendo mil arbitrios para librarle, y hubieran salido con

(1) Evagr. l. 5. Hist. eccles., cap. 4: Baron., tom. 7 Annal. ad cap. 47 et 48: Nicephorus, lib. 48, annum 580.

su intento, si el populacho no se hubiese amotinado contra los enemigos del bien público. Anatolio estrechado de cerca no pensaba mas que en ponerse en salvo. Habia en la cárcel una imágen de nuestra señora atada á una cuerda y guardada como el consuelo y refugio de los afligidos. El malvado osó postrarse delante de ella con un corazon desleal y para representar mejor su papel hizo que le ataran las manos á la espalda á fin de comparecer en la presencia de la Virgen en actitud de reo. En tal estado se hincó de rodillas; pero su oracion no salía mas que de los labios y dentro tenía el corazon de otro Antioco; por lo cual la madre de Dios le volvió la espalda á vista de muchos presos y carceleros, que le miraron desde entonces como á un hombre aborrecido por el cielo y detestado por la Virgen santísima. La misma señora se quejó de él á algunos buenos siervos que tenía en la ciudad de Antioquia, añadiendo que le era insufrible Anatolio por las injurias que vomitaba contra su hijo. Estas noticias pasaron de boca en boca y al fin llegaron á oidos del piadoso emperador Tiberio, quien ordenó al punto á los jueces que le mandasen comparecer á la presencia imperial. Llegó bien escoltado á Constantinopla con sus criados culpables todos como él. El emperador dejó el conocimiento de esta causa al obispo y á los jueces eclesiásticos, quienes la pasaron á la potestad secular, que trataron de ganar los amigos del impío. Se procedió con tal negligencia, que solo fueron desterrados algunos de los reos; de lo quese indignó tanto el pueblo de Constantinopla, que se precipitó sobre ellos y los llevó á la orilla del mar con muchos haces de leña á fin de sacrificar á Dios los que habian hecho tantos sacrificios á los demonios. El Señor libró de las manos de los amotinados al obispo y á los jueces, que si no dificilmente hubieran escapado; pero el infeliz Anatolio despues de azotado fue

conducido al anfiteatro, echado á las fieras, despedazado y por fin colgado en una horca. No acabaron aquí sus males, porque acudieron los lobos al olor de la carne y devoraron lo que quedaba de su cuerpo. No debo de omitir aquí que mientras se le formaba la causa, la Virgen hizo muy eficaces diligencias y se quejó de la connivencia y cobardía de muchos; pero especialmente se apareció á cierto oficial del palacio imperial, echándole en cara que obraba con mucha debilidad en un negocio en que ella estaba interesada, y que se le haría duro defender al que no habia perdonado medio para deshonorarla juntamente con su amado hijo.

VIII. Ve ahí el principio de la tragedia que ha de continuarse por toda una eternidad en la persona de este desesperado: lo demas lo reservo para cuando trate de las victorias que ha alcanzado la madre de Dios de los impíos mágicos. Por ahora baste decir que debe de ser grande el exceso de sus pecados, cuando la madre de misericordia se olvida de su bondad y la abogada de los pecadores pide contra ellos con tanto empeño. Así persuádanse los que esperan alguna misericordia de ella, á que no les es permitido tener comunicacion con toda clase de personas, ni tampoco con los demonios; y los que administran justicia, acuérdense de que Dios les ordena juzgarlos sin compasion como la peste del mundo y los enemigos jurados de Dios y de la Virgen, si no quieren ser participantes de los delitos de ellos.

§. V.—El tercer escuadron de los enemigos de Dios y de la Virgen santísima son los herejes.

I. Los herejes no tendrán motivo de queja si los pongo detrás de los mágicos, porque Tertuliano decia hace mil y cuatrocientos años que eran amigos intimos